

**Gustavo G Politis**Facultad de Ciencias Sociales,  
Universidad Nacional del Centro de la  
Provincia de Buenos Aires**Mariano Bonomo****Violeta Di Prado**Facultad de Ciencias Naturales y Museo,  
Universidad Nacional de La Plata

# Ceramistas de la ribera

## Los antiguos pobladores del delta del Paraná

### El delta del Paraná y sus antiguos pobladores

El delta del Paraná, que hoy se extiende a lo largo de 320km, desde Diamante en Entre Ríos hasta el Río de la Plata, no siempre tuvo la configuración que conocemos actualmente. Comenzó a formarse hace aproximadamente seis mil años, cuando las arenas, las arcillas y los limos que transportaba el río empezaron a depositarse y a configurar una intrincada red de islas, lagunas y estrechos cursos de agua, más llanuras aluviales costeras. Islas y llanuras podrían haber sido habitadas algo después, cuando se estabilizaron los ambientes litorales. Pero la presencia de población humana solo se constató fehacientemente, mediante mediciones de carbono 14, desde hace unos dos mil años. Esa población se estableció allí, sin duda, por un conjunto de condiciones favorables: clima subtropical, suelos fértiles enriquecidos anualmente por los desbordes del río, variedad de animales terrestres, aves, peces

y moluscos, y diversidad de arboles nativos, como ceibo (*Erythrina crista-galli*), espinillo (*Acacia caven*), timbó (*Enterolobium contortisiliquum*) y sauce criollo (*Salix humboldtiana*).

Cuando en el siglo XVI los conquistadores europeos ingresaron en el estuario del Plata y remontaron los ríos Uruguay y Paraná, hallaron diferentes grupos étnicos establecidos en sus orillas y en las numerosas islas que forman el delta. Uno era el de los guaraníes, arribados a la zona relativamente poco antes, quizá con no más de dos siglos de antelación, desde el norte, posiblemente por el río Uruguay; estaban asentados en las islas externas del delta. En el resto de ese territorio vivían etnias más antiguas en la región, claramente diferentes de los 'recién llegados' guaraníes, como los chaná, timbú y mbeguá.

¿Quiénes eran esos antiguos grupos indígenas, que suelen ser identificados con el nombre genérico de chaná-timbú? ¿Cómo fue su forma de vida? ¿De dónde arribaron y desde cuándo habitaban la región? ¿Eran solo cazadores, recolectores y pescadores? ¿O también tenían cultivos? Las investigaciones arqueológicas que los auto-

### ¿DE QUÉ SE TRATA?

La arqueología del delta del Paraná está reconstruyendo la historia desconocida de los grupos indígenas que habitaron esa zona entre hace dos mil años y la llegada de los españoles.



**Figura 1.** El montículo arqueológico Los Tres Cerros 1, en el delta del Paraná, próximo a Rosario pero en territorio de Entre Ríos. La foto fue tomada cuando se realizaban las labores de excavación. Entre los árboles se distinguen, de izquierda a derecha, tres ceibos, un timbó y un sauce criollo.

res llevan a cabo desde 2006 en el delta superior del Paraná buscan contestar esas preguntas mediante el análisis de los restos materiales de sus asentamientos en la actual provincia de Entre Ríos. Algunos de los resultados más interesantes de estos estudios se resumen en lo que sigue.

Entre los primeros viajeros que llegaron a tierras del Plata estaban Diego García de Moguer (1527), Luis Ramírez (1527), Ulrico Schmidl (1536) y Francisco de Villalta (1536). Escribieron crónicas en las que describieron el delta del Paraná como un área heterogénea y culturalmente dinámica, en la que convivían varios grupos indígenas (*parcialidades*, en su lenguaje): caracarais, chaná, mbeguá, chaná-timbú, chaná-mbeguá, timbú y

corondas. Esas denominaciones podían corresponder a etnias distintas o a segmentos de una misma etnia.

Para algunos cronistas, los timbú eran una etnia independiente que ocupaba la porción norte del delta del Paraná y sus llanuras aluviales adyacentes. El fuerte Sancti Spiritus, el primer asentamiento español en el actual territorio argentino, marcaba el límite sur de sus tierras, hacia el norte de las cuales se hallaban los quiloazas y los mocoretás, mientras que en el sector sur del delta estaban los mbeguá, chaná-mbeguá y chaná. Los últimos ocupaban también las orillas e islas del Uruguay inferior.

Los límites territoriales y las diferencias socioculturales entre estos grupos resultan difíciles de establecer con precisión sobre la base de la información fragmentaria y a veces contradictoria provista por las fuentes históricas. De ahí que se utilice el genérico chaná-timbú para llamar a esos indígenas. Hay mejores referencias sobre los guaraníes, quienes rápidamente se relacionaron con los españoles, con la ayuda de algunos náufragos de la expedición de Juan Díaz de Solís que sobrevivieron en las costas del Brasil y aprendieron allí la lengua guaraní o una muy cercana, el tupinambá.



**Figura 2.** Paisaje típico del delta: curso angosto limitado por albardones con bosque en galería

## Una dieta variada

Algunos cronistas que estuvieron en el área hacia 1530 apuntaron que los indígenas asentados en el delta del Paraná se procuraban los alimentos mediante la caza, la pesca, la recolección y algunos cultivos en pequeña escala. Entre los últimos mencionaron maíz, zapallo y porotos. También

## ¿DE DÓNDE VINIERON LOS POBLADORES ESTABLECIDOS HACE UNOS DOS MIL AÑOS EN EL DELTA DEL PARANÁ?

La pregunta del título tiene dos respuestas hipotéticas posibles. Una es que llegaron de las planicies vecinas a los ríos Paraná y Uruguay, es decir, que fueron los cazadores-recolectores de las llanuras que progresivamente se habrían adaptado a los ambientes acuáticos y suplementado su dieta con cultivos. La otra respuesta es que se trató de indígenas provenientes de más lejos y ya adaptados a ambientes acuáticos, que usaban canoas, redes para la pesca, arpones de hueso y construían montículos de tierra para protegerse de inundaciones, además de practicar la horticultura para complementar su dieta.

La segunda hipótesis fue propuesta por algunos investigadores sobre la base de información lingüística y de similitudes entre restos arqueológicos de la vasta región de las tierras bajas tropicales de América del Sur, del Orinoco al Plata. Su origen está en las ideas del arqueólogo y antropólogo sueco Erland Nordenskjöld (1877-1932), quien sugirió a

principios del siglo XX que el grupo etnolingüístico arawak, que en tiempos prehispánicos tenía una gran dispersión por América del Sur, habría llegado desde la cuenca amazónica al Río de la Plata. El inicio de la agricultura en muchas regiones de las tierras bajas sudamericanas se atribuye a la diáspora de este grupo.

La familia lingüística arawak está entre las más extendidas del continente, tanto por el número de lenguas que la integran, que ronda las cuarenta, como por su dispersión geográfica, que va de Centroamérica y las islas del Caribe, pasando por las cuencas del Orinoco y el Amazonas, hasta Paraguay y el norte de la Argentina. Es probable que, hace unos dos mil años, integrantes de ese grupo lingüístico hayan llegado al río Paraná y hayan influido significativamente en los indígenas locales. Esto podría haber originado la forma de vida que, en la época de la conquista, caracterizaba a los grupos chaná-timbú.

se refirieron al uso de vestimentas de ‘algodón’, que en realidad eran de fibras vegetales diversas. Nuestros estudios de restos de animales y vegetales recuperados en algunos sitios arqueológicos de esa zona permitieron verificar y ampliar las referencias de los cronistas mediante la identificación, mirando al microscopio, de granos de almidón y fitolitos.

Los primeros son partículas de hidratos de carbono que difieren según la especie de planta de la que proceden, y los segundos son componentes silíceos de las células vegetales, sujetos a la misma variación. Analizamos minúsculos restos que encontramos adheridos a paredes internas de vasijas, en artefactos de piedra usados para molienda y en sedimentos. Los resultados obtenidos nos llevaron a suponer que los indígenas cultivaban en pequeña escala maíz, zapallo, porotos y –posiblemente– mandioca; posiblemente porque existen variedades silvestres en la región (como *Manihot grahamii*) cuyos almidones pueden ser similares. Además recolectaban frutos de especies silvestres: algarrobo (*Prosopis* sp.), palmeras yatay (*Butia yatay*) y pindó (*Syagrus romanzoffiana*), tubérculos de achira (*Canna* sp.) y, también posiblemente, algún tipo de arroz silvestre (*Oryzae*).

En cuanto a animales, en las excavaciones arqueológicas aparecieron restos de mamíferos medianos y pequeños, aves, peces y moluscos de agua dulce. En el sitio arqueológico Los Tres Cerros 1, el mejor conocido de los ubicados hasta el momento, se hallaron abundantes dientes y huesos de coipo (*Myocastor coypus*) y carpincho (*Hydrochoerus hydrochaeris*), con huellas producidas al quitarles el cuero y carnearlos. Otros restos encontrados fueron de cuis (*Cavia aperea*), lobito de río (*Lontra longicaudis*), zorro gris pampeano (*Lycalopex gymnocercus*) y almejas de agua dulce (*Diplodon* sp.), más fragmentos de huesos del cráneo,

espinas y vértebras de peces como tararira (*Hoplias malabaricus*), sábalo (*Prochilodus platensis*), boga (*Leporinus obtusidens*), chanchita (*Cichlasoma facetum*), bagre amarillo (*Pimelodus clarias*) y armado común (*Pterodoras granulosus*). Las vértebras presentaron evidencias de haber sido expuestas al fuego, posiblemente señal de que los pescados fueron asados.



Figura 3. Instrumentos óseos hallados en Los Tres Cerros 1.

El delta del Paraná fue objeto de investigación desde los inicios de la arqueología en la Argentina. Estanislao Zeballos y Pedro Pico realizaron las primeras excavaciones científicas en las cercanías de Campana hacia fines de la década de 1870; recuperaron de un montículo gran cantidad de restos arqueológicos, parte de los cuales está depositada en el Museo de La Plata. Entre esos restos había unos apéndices modelados en arcilla cocida que representaban cabezas de pájaros, especialmente loros, que con el tiempo

caracterizarían el estilo cerámico del área, conocido por Goya-Malabrigo. Si bien las investigaciones nunca se interrumpieron, fueron más abundantes en el sector medio del río Paraná y en el delta inferior, aguas abajo del Paraná Pavón. Recientemente, el equipo de investigación que integran los autores comenzó a trabajar en el sector superior del delta, en el que hasta el momento halló más de setenta sitios arqueológicos y excavó sistemáticamente cuatro (Los Tres Cerros 1 y 2, Cerro Tapera Vázquez y Laguna de los Gansos).

## Los objetos indígenas: un mundo de cerámica

Los aborígenes del delta del Paraná desarrollaron una elaborada alfarería. En cambio, fabricaban pocos instrumentos de piedra, lo que es comprensible dado que en el área insular no hay rocas adecuadas, ni como afloramientos rocosos ni como cantos rodados, aunque algunos artefactos encontrados en Los Tres Cerros 1 indican que obtenían rocas de lugares distantes hasta un par de cientos de kilómetros. También hallamos arpones, punzones y puntas de proyectil de varias formas hechos con huesos desgastados y pulidos de carpinchos, coipos y zorros, así como con astas de ciervos de los pantanos (*Blastocerus dichotomus*).

Pero, sin duda, el material que aprovecharon en forma más intensa y diversa fueron las arcillas, que son los sedimentos más comunes en el delta y afloran en todas las islas. Se vuelven plásticas cuando son humedecidas y se tornan duras y resistentes luego de su cocción. Los indígenas del delta transformaron las arcillas por limpieza, amasado, modelado, secado y cocción, y confeccionaron con ellas gran cantidad de platos, fuentes y ollas.

En la mayoría de los casos construían las paredes de los recipientes por superposición de rollos o rodetes, es decir, sin recurrir a un torno. Decoraron algunas piezas con guardas de líneas rectas y onduladas, trazadas en la

arcilla blanda con dientes de coipo, ramas o huesos. Algunos recipientes, por lo general los más bajos y abiertos, eran para servir la comida; otros, con diámetros de boca de más de 20cm, para cocinar, como se deduce de los característicos restos de carbón que el fuego dejó en su exterior. Hervir algunos alimentos en recipientes de cerámica los hace comestibles y permite aprovechar nutrientes reunidos en el caldo.

Es muy común encontrar en los sitios arqueológicos abundantes fragmentos de recipientes, y muy raro hallarlos completos: en Los Tres Cerros 1 recogimos más de 50.000 fragmentos y solo unas pocas piezas enteras. Esto se debe a roturas accidentales, durante la manufactura, uso y descarte, o intencionales, realizadas al abandonar los asentamientos o como acompañamiento funerario. Se encuentran igualmente pendientes y cuentas de collar de cerámica, lo mismo que objetos elípticos posiblemente usados como pesas en redes de pesca, y pequeñas bolitas que pudieron servir para cazar pájaros.

Los antiguos pobladores del delta aprovecharon las cualidades de la arcilla para representar en detalle muchos de los animales que vivían en su entorno, en especial modelaron cabezas de guacamayos, loros y cotorras, pero también yaguretés, tapires, monos, venados, carpinchos, reptiles y moluscos. Sus representaciones tienen diferentes tamaños y grados de realismo; algunas pertenecen a la categoría que denominamos 'figuras recortadas', con



Figura 4. Representaciones de aves en las que se distinguen los ojos y el pico.



**Figura 5.** Figuras zoomorfas macizas. La segunda desde la izquierda es un mamífero; las restantes son aves.

las cabezas por lo común de perfil y su contorno a veces resaltado con una capa de pigmento rojo.

También modelaban cabezas de animales en tres dimensiones –designadas como ‘figuras escultóricas macizas’– con incisiones para marcar sus rasgos y a veces trozos de arcilla para formar los ojos. Podían ser relativamente grandes y en ocasiones formar parte de las llamadas ‘campanas’, nombre que se les dio por su forma, aunque no tenían esa función. Algunos arqueólogos supusieron que servían para conservar el fuego, mientras otros les dieron un significado totémico o simbólico, dado que es frecuente encontrarlas asociadas con entierros humanos. Más allá de su posible función, evidencian la destreza que poseían los ceramistas que las fabricaron, así como su sentido estético y simbólico.

Mediante el estudio con lupa y microscopio del interior de las paredes cerámicas constatamos que los ceramistas

molían piezas rotas o descartadas en fragmentos de pocos milímetros, que luego agregaban a la arcilla en preparación para hacerla menos plástica y mejorar las cualidades de las nuevas horneadas. Establecimos que algunos de esos pequeños fragmentos contenían a su vez tiesto molido, lo que pone de manifiesto que los contenedores reciclados fueron fabricados de acuerdo con los mismos criterios, y que su modo de hacer fue transmitido de generación en generación. En ciertos casos encontramos masas de arcilla desechadas antes de terminar de modelar las piezas, lo mismo que rollos de arcilla que no llegaron a usarse, y hasta una masa con las impresiones digitales del artesano.

Las características de la cerámica han servido para identificar a los grupos que la confeccionaron, por las semejanzas en las formas, los temas representados y los modos de fabricación. Esos rasgos, transmitidos de generación en generación, perduraban a través del tiempo



**Figura 6.** Típicas piezas cerámicas con forma de campana sobre cuyo uso se han formulado varias hipótesis.



**Figura 7.** De izquierda a derecha: pieza usada para alisar las superficies cerámicas; rollo de arcilla amasada; masa de arcilla con impronta de dedos y uñas.

como una expresión de la identidad del grupo. Aunque la relación entre un grupo étnico y los objetos que produce no es directa ni unívoca, ya que grupos distintos pueden hacer cosas similares, en el caso de los ceramistas del delta del Paraná los modelados de aves y la singular forma de campana de algunas piezas parecen haber sido rasgos estilísticos compartidos. Su simbolismo con toda probabilidad contribuyó a la cohesión social y la continuidad histórica de estas culturas indígenas a lo largo de por lo menos 1500 años.

## La vida en las islas

Los indígenas del delta ocuparon los sectores naturalmente elevados de las islas, como albardones y médanos, pero también construyeron montículos de tierra conocidos localmente como cerros o cerritos, donde instalaron sus asentamientos y enterraron a sus muertos. Esos montículos llegan a tener tres metros de altura y una superficie de varios centenares de metros cuadrados; constituyen una notable modificación del paisaje, que es completa-

mente llano. Son las estructuras más duraderas y visibles que han erigido las poblaciones indígenas del litoral.

Los estudios de Carola Castiñeira y Adriana Blasi, de la Universidad Nacional de La Plata, sobre la composición mineralógica y granulométrica de las capas de sedimentos que componen el montículo de Los Tres Cerros 1, indican que se trata de una elevación artificial a la que se agregaron arcillas, tierras quemadas, huesos y fragmentos de vasijas para aumentar su altura y cohesión. La superposición de capas sirvió entre otras cosas para proteger el sitio de las crecidas del río.

Las investigaciones llevaron a concluir que los asentamientos tenían distintas jerarquías, funciones e intensidad de ocupación. En algunos se han diferenciado espacios destinados a actividades domésticas de otros que servían de basurero, con miles de fragmentos cerámicos y huesos de los animales. Mediante dataciones realizadas midiendo carbono 14 en restos óseos, valvas y maderas quemadas recuperados en distintos niveles estratigráficos se estimó que Los Tres Cerros 1 fue ocupado entre los años 1200 y 560 antes del presente. Fue ocupado en forma semipermanente, con prolongados períodos de residencia alternados con episodios de abandono y posterior reocupación. Se trató pues de una aldea y no de un campamento transitorio ni estacional, y quizá allí residía el poder político de la zona.

En el sitio Cerro Tapera Vázquez, localizado más al norte que el anterior, cerca de Diamante y en el parque nacional Predelta, hubo un asentamiento más simple, con una ocupación menos intensa unos seiscientos años antes del presente. Estaba sobre un albardón cuya altura se incrementó de manera no intencional con los materiales descartados durante la ocupación humana. Allí se encontraron modelados de animales y tiestos decorados, lo mismo que restos de coipos y rastros de plantas domésticas, como maíz y porotos.

Se han localizado numerosos sitios más, cuyos escasos restos sugieren ocupaciones esporádicas de albardones y lugares levemente elevados. Quizá fueron campamentos estacionales de unas pocas familias que se desplazaban por las islas durante algunos períodos del año.



**Figura 8.** Posible piso de vivienda hecho con arcillas apisonadas y quemadas en el sitio Los Tres Cerros 1.

